

El miércoles 5 de diciembre de 1979, Manuel Fraga no trabajó nada. Es un hecho histórico. Pasó el día en la sierra matando palomas para relajarse, y por la noche acudió a una cena-coloquio con escritores humoristas. A las nueve y media en punto penetró eufóricamente en el restaurante, pidió un codillo, cortó de entrada cualquier posible diálogo sobre la unidad de la Patria y comenzó a contar chascarrillos de marquesas con flato. El hecho de que Fraga deje de trabajar una jornada para muchos puede ser un alivio, otros lo pueden tomar como un síntoma del relajo de costumbres que trae consigo la democracia. En cualquier caso, no presagia nada bueno.

El codillo era inmenso, reluciente, impúdico y anticoránico. Así se inició la conversación acerca de los males de España. Fraga estaba allí, cirujano de hierro, armado con un cuchillo dentado, trinchando el cerdo grandioso en el quirófano del plato. Y uno imaginaba que la Patria era ese codillo, veía cómo el líder lo descuartizaba entre latidos, lo repartía pidiendo ayuda a otros comensales, lo dividía entre citas y conceptos absolutos y se lo zampaba con una desmesurada hambre de poder. Fraga es inevitable.

Un grupo de amigos hemos decidido sacar una nueva revista, *Muy Señor Mío*, un papel de humor fino a la inglesa, donde uno se pueda declarar traidor a la Patria o ser espía doble, como mister Blunt, con el único requisito de no descomponer jamás la figura, de forma que la estética se convierta en una norma más vinculante que la ética. En el análisis de la línea se había optado por aborrecer metodológicamente el sexo y la política. Se trataba de hacer una revista como si todos fuéramos altos, rubios, sofisticados y cocainómanos. La política es un oficio grosero al que se dedica lo peor de cada casa y el sexo es un asunto que, una de dos, o se es protagonista o se deja a un lado. Ese era el pacto entre caballeros.

Pero he aquí que, antes de salir a la calle, ya hemos caído en el lugar común, en lo más, obvio y execrable del manlerismo. Con el miserable objetivo de llenar un par de páginas se ha decidido in-

vitir a cenar cada semana a un político importante para comprobar cómo anda de humor. Y el primer político ha tenido que ser Fraga. Con estas ideas no se puede deslumbrar ni a una cabaretera de provincias, ya se sabe. Pero las cosas son así, lo digo por lo que tiene de trágico el signo de los tiempos. Está claro que no se puede ir por la vida de maravilloso e incontaminado. En este país todavía se come política como si se tratara de la pescadilla aceitosa que te ofrece todos los

cuerpo doctrinal cerrado. Su personalidad desmesurada va desde la risotada con sacudida del tronco contra el respaldo y la boca espectacularmente abierta como si estuviera sentado en la silla de un dentista hasta el ceño arqueado por una ira súbita y el índice vengador que te señala la cruz de las cejas. Fraga sigue empeñado en salvar a la Patria. Eso es todo. Si le hablas del divorcio, él contesta con la confarratio de los romanos, si le dices que la Coca-Cola maneja más dinero que el presupuesto del Esta-

mínimo descuido te puedes cruzar con él con un codillo sonrosado en medio. Se trata de dilucidar si es de buen gusto hablar con políticos, olvidarse de ellos, vigilarlos de cerca o dejar que bajo su propia responsabilidad acaben de cargarse este país de una vez.

En otro almuerzo más fino, entre endibias y gambas con aguacates, Jaime Sartorius, Raúl del Pozo y el fiscal Jesús Chamorro hablaban de que todas las revistas políticas estaban en crisis, que se habían quedado sin lectores porque no se ha sabido adivinar lo que la gente quiere o no se ha podido conectar con la nueva generación. Es una vieja cuestión, un asunto tópico. Pero en ese momento la Policía estaba cargando contra estudiantes de quince años con un surtido de medios y un celo profesional digno de los tiempos heroicos. Al mediodía, la Ciudad Universitaria había tomado el cariz de un cuadro antiguo. Una manifestación masiva de adolescentes llenaba los paseos, las patrullas de guardias con la celada en la barbilla, la histeria de las sirenas, las linternas cobalto de los "jeeps", las porras, botes de humo, pelotas de goma, todo el ritual de la represión estaba a punto, en forma.

Por la noche, en el colegio San Juan Evangelista, un coloquio de escritores donde se echaban pestes sobre esta democracia truncada, fue interrumpido por un joven que arrebató el micrófono de las disquisiciones e hizo un llamamiento a la lucha. Muy imbécil hay que ser para no verlo. Por debajo de la atonía de los partidos, del consabido desencanto, del ceño caído por la crisis económica se está gestando un movimiento juvenil explosivo. No son los pasotas, los marginados, ni siquiera los obreros o graduados en paro. Es una violenta reacción estética contra el aburrimiento y la mediocridad que puede saltar con un estallido anarquista en cualquier momento. Estos adolescentes no saben quién es Fraga y les importa un bledo Carrillo. Incluso pueden odiar la política por sí misma. De modo que la Revolución de mayo está ahí detrás de una esquina de la Moncloa. Uno se queda sin saber en este instante si es de buen gusto cenar con un líder, leer a Horacio, escribir en los muros del teatro Odeón o esperar la insurrección de unos muchachos con la nariz llena de acné. ■

ESTA MAL HABLAR DE POLITICA

MANUEL VICENT



días la dueña de la pensión mordiéndose el rabo.

En el restaurante Picardías, en un banquete cuadrado a modo de bautizo siciliano, estaba Jesús Pardo sacando los puños de la camisa con baluceos de Oxford; Carlos Luis Alvarez, con su malvada sutileza de judío romanizado; Paco Umbral, cerúleo y hermético; Onésimo Anciones, experto en antiguos serenos, bodegueros y porteros; la voz ronca de mercado de abastos, Máximo, lleno de pliegues intelectuales; Baltasar Porcel, con la silueta de espadachín; Manuel Vidal, con la dinamita preparada; Pedro Beltrán, un desmistificador de parodia sangrante; José Luis Coll, con cara de póker de sietes; Amilibia, moderando el cotarro. Quiero decir que había allí bastante talento por metro cuadrado y enfrente estaba Fraga, el salvador empedernido, un brazo de mar que batía la osamenta del codillo como en una escollera.

No cuento lo que dijo el líder político, porque Fraga siempre es igual a sí mismo, no hay pérdida, sigues la flecha y de pronto te encuentras bajo el calcañar de España. Su escolástica patriótica, llena de cortes tajantes, réplicas contundentes, citas clásicas, argumentos y anécdotas forman un

do que se acaba de votar en las Cortes, él replica que España es lo único importante. Y así todo seguido. Sin una fisura, sin una grieta en el pedernal donde pueda refugiarse una miserable lagartija.

Fraga tiene un sentido del humor de chiste gordo, de burrada de despedida de soltero. Durante la cena contó con mucha gracia el estupor que produjo en el Consejo de Ministros reunido en El Pardo la noticia trágica, confusa en el primer momento, del atentado del Presidente Kennedy en Dallas. Un ujier pasó el teletipo a Castiella y éste lo leyó en alta voz. Al pobre John le habían pegado un tiro en la cabeza. Hubo desconcierto en el Consejo. Franco parpadeó por la emoción con el tic acostumbrado. Pero Camilo Alonso Vega, con laconismo militar, ante la ansiedad de los ministros de paisano y la duda del Jefe del Estado por la suerte del Presidente americano, soltó una frase memorable: "Calma, señores, si el tiro le ha dado en la cabeza, o casca o no le pasa nada".

Pero esta no es la crónica de una cena con Fraga, sino un boceto de análisis acerca de si hoy, entre el desencanto democrático, uno puede ejercer de sublime y escapar de la política. Ya se sabe que Fraga siempre acecha y al